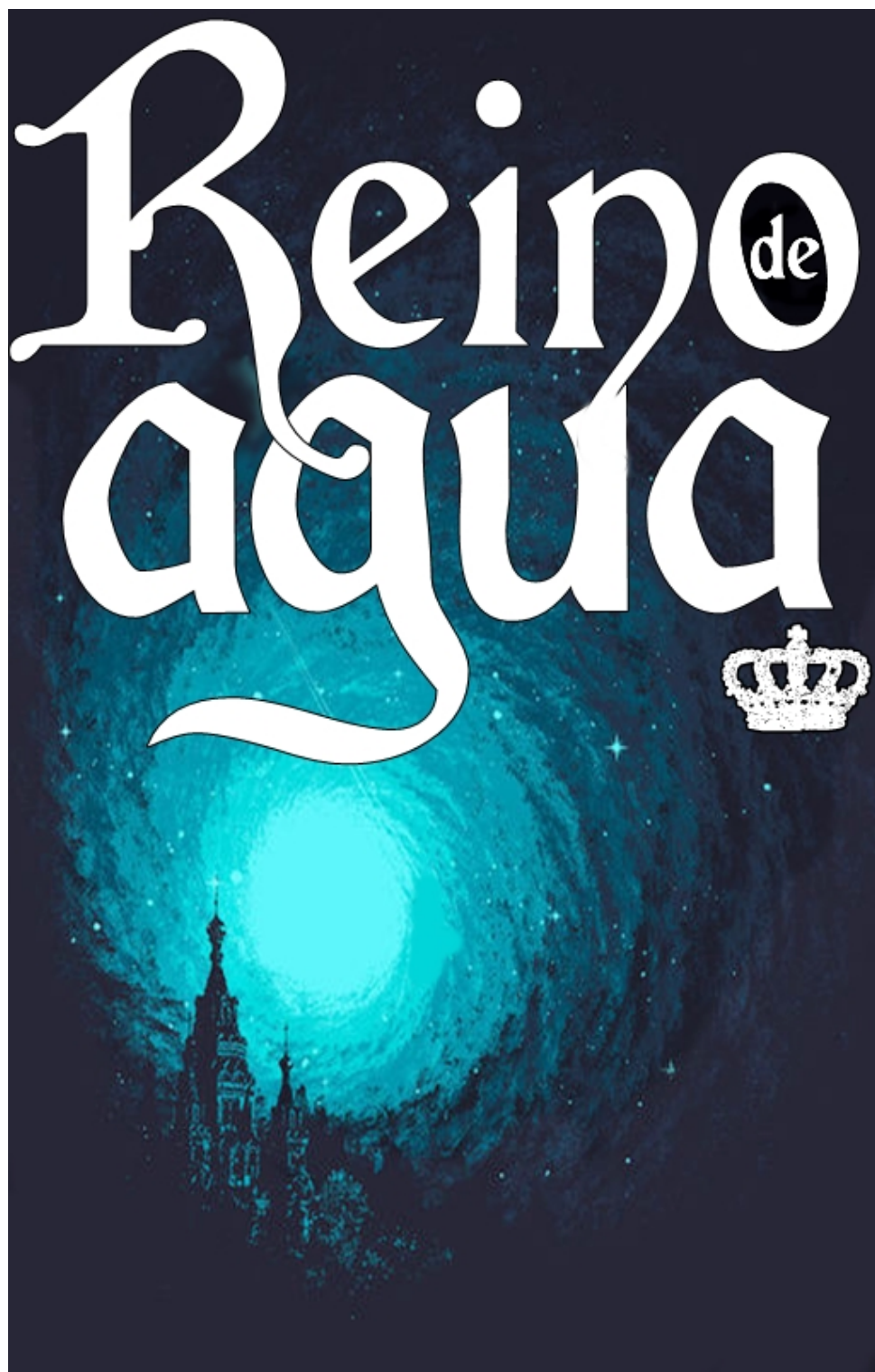


Reino de agua

Camila Caligiuri



Capítulo 1

Prólogo

Muchas veces nos encerramos en una historia, nuestra historia. Esa que nos atrapa y no nos deja huir, esa que nos hace llorar y reír. Pero las personas cometemos un error: no es nuestra historia, es la de todos.

Sin embargo, no puedo contar una historia si no estoy lista para ello. Y creo que ha llegado el momento, creo que he crecido. Tengo una familia, un reino del que encargarme, una historia que finalizar y un cuento que comenzar.

Hace cientos de años, cuando las hadas no se escondían y los dragones volaban, cuando la magia reinaba en cada minuto, cuando los elementales se sonreían entre sí... hubo un reino. Uno inmenso para las pocas personas que había en ese momento. Estaba aislado del Gran Bosque y las casas campesinas, aislado de toda persona que no sea de la realeza.

Pero allí vivía un rey mágico, enviado por los dioses elementales para controlar a todo el mundo. Se decía que era sabio, paciente, justo y honesto, todo lo necesario para ser un rey! Las personas lo alababan y le suplicaban algún favor cada vez que lo veían en las grandes celebraciones medievales. Un hermoso gesto de respeto, aunque de nada sirvió.

El rey comenzó a volverse loco, cada vez quería explorar más y más el mundo, ir hacia las tierras prohibidas por los dioses, ir también hacia las tierras libres para hacerlas suya.

El poder lo derribó, causando una larga guerra entre los cuatro elementos. Todo se volvió un descontrol mágico: las hadas huyeron hacia las Tierras Oscuras, los dragones se utilizaron para diferentes tipos de ataques y las bestias elementales desaparecieron sin dejar rastro. Fue ahí cuando los dioses intervinieron, sacándole el poder al rey y repartiéndolo entre los cuatro elementos.

Fuego, Aire, Tierra y Agua se dividieron en cuatro territorios diferentes, en cuatro castillos diferentes y en cuatro reinos diferentes. Aunque el Gran Bosque los separaba, las disputas entre los elementos no cesaron.

A partir de los años, las personas comenzaron a reproducirse cada vez más rápido. Los reyes y reinas no daban abasto para manejar su elemento y, además, sus pueblos no estaban conforme con las familias

elegidas para gobernar. Los dioses volvieron a interrumpir en los cuatro reinos, a cada uno le otorgó otros nombres de familias con el derecho a gobernar a la par suya. Se estableció una monarquía de dos o tres linajes en cada uno de los elementos, restaurando cierta paz en el mundo.

Es así como, en Agua y en los demás reinos, gobiernan tres familias en el mismo castillo y al mismo tiempo, permaneciendo como un equipo y no como una competencia. Ese tipo de monarquías perduraron por muchos años más, hasta un día en donde los dioses estallaron su furia.

Los elementos se mantuvieron alejados, acordando ciertos arreglos y leyes entre sí, pero las distancias mantenidas no fueron suficiente para vivir de forma serena: necesitaban una autoridad. Alguien a quien seguir, pero ese alguien no llegó, ni siquiera fue mandado por los dioses.

Los años pasaron y no hubo guerras, sólo intervenciones y grandes hambrunas por peleas elementales. Pero, luego de tanto tiempo, los dioses enviaron una demanda: todos los herederos de los cuatro reinos deberán batallar en el Gran Bosque hasta que tres de ellos mueran. ¿Por qué? Se supone que eso restauraría cierto orden perdido. Y también se supone que, si no se cumple, los elementales se extinguirán sólo por un descontrol.

Décadas más tardes, fueron lanzando indicaciones como noticias felices: fecha, reglas, herederos. Sí, porque los herederos de cada reino deberían unirse en un equipo y tratar de sobrevivir a los otros elementos restantes. Porque yo debía hacer un equipo junto a mis amigos e ir a batallar a muerte.

Pero eso desataría algo más que la furia de los dioses.

Es por eso, repito, no es sólo mi historia. Porque esta historia deberá ser contada por diferentes puntos de vista.

Capítulo 2

Capítulo 1

Mia

Logré esconder los nerviosos movimientos de mis manos detrás de mi espalda. Alcé la mirada y me concentré en mi madre: su mano sostenía la cortina de la carroza mientras sus ojos marrones estaban clavados en los árboles del Gran Bosque. Analicé su rostro; tenía las facciones suaves y un cabello liso y castaño, como el mío.

Giré la cabeza hacia mi padre, el rey Edward Linden, se lo notaba un tanto nervioso. Tal vez no lo estaba y sólo eran imaginaciones mías, pero estos últimos cinco años su rostro había parecido, la mayoría del tiempo, sereno. Sus ojos verdes se chocaron con los míos y me sonrió.

—Falta poco, Mia —se aclaró la garganta, su voz sonaba ronca—. ¿Nerviosa?

—Sí —susurré—. No lo sé, lo que tengo es ansiedad, preocupación...

— ¿Preocupación? —preguntó mi madre, Eleonor Firther.

Su voz era delicada, tal vez por la situación emocional en la que nos encontrábamos. Volver a ver a todos, volver hacia el castillo luego de todos estos años era... extraño.

—Sí —exclamé—. Preocupada por las nuevas responsabilidades, preocupada por las reacciones de los chicos, preocupada.

Ella rió y asintió.

—Creo que ya llegamos —miró hacia la ventana nuevamente—. Todos estamos con una extraña sensación en el pecho, Mia, pero somos como su familia. Tal vez, al principio, sea raro volver a convivir. O tal vez no.

Los caballos comenzaron a bajar su velocidad y el habla de los soldados comenzó a aumentar, al igual que el ritmo de mi corazón. Mi respiración se aceleró y comencé a rascarme la parte baja del brazo.

Por fin se detuvo, esperamos unos segundos hasta que los soldados abrieron ambas puertas. Mi padre salió primero para confirmar que todo haya llegado a destino, luego mi madre y, por último, yo. Sostuve mi vestido y le tomé la mano al guardia a mi lado, le agradecí y

elevé mi mirada.

Frente a mí había un gran lago y una hermosa fuente, pero eso no era la vista principal, el castillo lo era. La construcción era inmensa; las puertas estaban abiertas, las seis torres se elevaban hacia el cielo y las ventanas combinaban con el magnífico lugar. También había un hermoso jardín acompañando el verde del lugar. Los sirvientes, los soldados y los que trabajaban dentro del castillo paseaban con sus caballos por todo el sitio.

Todo era enorme: los establos, las construcciones y el castillo. Era tan familiar para mí que me hacía reconocer que nunca dejó de ser mi hogar, mi casa.

Sonreí lo más que pude, evitando llorar de la emoción que contenía dentro de mí. Avancé unos pasos, pero mi padre me detuvo.

—Espera, Mia —ordenó—. Hemos llegado más temprano, la gente sabe que vendríamos, pero no hace falta alterar aún más el lugar —me miró—. Ve al castillo con tu madre y trata de no entrar en pánico cuando veas que ninguno estará en el salón principal.

Asentí y mi madre caminó felizmente hacia el castillo. Él tenía razón, el palacio estaba entrando en un leve descontrol. Todo aquel que nos veía se impactaba y, luego, hacía una reverencia. Nos saludaban todos con una enorme sonrisa, esperando alguna palabra nuestra. Había caras conocidas, personas importantes dentro del castillo que no desaparecieron en estos cinco años. Me había dado cuenta de que, el palacio, no era sólo mi hogar y el de los demás reyes. No, había personas que no eran de la realeza y serían siempre bienvenidas.

Cuando era pequeña siempre acepté las reverencias, los elogios sin sentido, los rumores y a las personas rondando cerca de mí todo el tiempo. Pero esos últimos cinco años me había alejado un poco de todo ese alboroto, me sentía en paz. Aunque entonces volvería a mi antigua vida con mayores responsabilidades, tenía dieciséis años y cada vez me metía más en la política.

Me acercaba a las puertas del castillo y mis pies iban demasiado rápido, al igual que mis latidos. Estaba ansiosa, necesitaba ver sus reacciones, necesitaba abrazarlos, volver con ellos.

— ¡Mia, para! —se quejó mi madre—. Parece que corres.

Parecía enojada, pero la escuché reír. También era la casa de mi madre, ella también quería entrar.

Y así lo hice: los guardias se inclinaron ante nosotras, pero ambas nos quedamos inmóviles al entrar. Dentro, todo estaba casi igual que antes, con esa fragancia que me hacía sentir bien, a salvo. Era el salón principal, el más grande del castillo. Conducía hacia las dos escaleras primordiales y hacia montones de pasillos y puertas. Estaba todo despejado, sólo estaban los candelabros, los cuadros y alguna que otra persona que se acercaba a nosotras con euforia.

Saludé, distraída. Me alejé de mi madre para acercarme a los cuadros, allí estaban las pinturas de todos los reyes y reinas que habían ascendido hasta ese momento, todavía no estaba nuestra generación, sólo el de mis padres y los demás reyes.

Se oyó un ruido proveniente de las escaleras, me di la vuelta y vi como un muchacho bajaba los últimos escalones. Se notaba inerte a las situaciones externas. Me acerqué un poco y notó mi presencia, se giró y me observó con sus llamativos ojos azules. Ninguno de los dos hizo nada, sólo nos quedamos quietos esperando alguna reacción.

— ¿Mia? —frunció el ceño.

Me acerqué a él y lo abracé. Presioné los párpados, esperando no llorar de la emoción. Aspiré su aroma, muy diferente al que recordaba. Él correspondió a mi abrazo, sin decir una palabra. Lo solté y me alejé un poco.

Mi mirada se concentró en su rostro sonriente, estaba muy cambiado. Su cabello estaba más corto y sus ojos más intensos.

—Estás más alto —bromeé.

— ¿Eso es lo único que me va a decir mi mejor amiga luego de cinco años? —alzó ambas cejas.

Lo miré, sin intención de dejar de observarlo. Me hacía recordar a mi antigua vida, mi única vida desde ese día.

—Te extrañé, Ian —sonreí—. A todos.

Él iba a responder, pero se escucharon más voces. Aumentaban cada vez más, hasta ver a dos personas bajando las escaleras. Las reconocí inmediatamente, aún más cuando se quedaron inmóviles al visualizarme.

— ¡Por los cuatro dioses, Mia! —gritó Claire.

Con sus manos levantó el vestido negro que traía puesto, evitando tropezarse mientras corría hacia nosotros. Casi se tiró encima de

mí, abrazándome con fuerza. Austin, su hermano, no se quedó atrás y nos estrechó a ambas en sus brazos.

—Suéltense, Vhilah —reí y cerré los ojos, disfrutando el reencuentro.

No lo hicieron, se quedaron abrazándome y mi felicidad aumentaba cada vez más. Ian se unió al abrazo, haciendo que los cuatro herederos se unan otra vez.

Austin y Claire eran mellizos de la familia Vhilah, ambos de dieciocho años, destinados a reinar a la par mía, en el mismo castillo. Ian era el hijo único, al igual que yo, de la familia Relish. Tenía diecisiete, y yo, dieciséis. Ansiaba verlos desde el primer día en el que me fui, y por fin había llegado el momento de volver a casa.

Sus brazos me soltaron, mirándome.

— ¿Y, Mia? —comenzó Claire—. ¿Qué novedades ansías contarnos?

Los cuatro comenzamos a caminar hacia la otra punta del salón.

—Pues, no muchas —me encogí de hombros—. Estuve la mayor parte del tiempo dentro de la casa, estudiando. Mis padres se ocuparon de todo, no me han mencionado nada, por lo menos nada importante.

—Las cosas aquí no estuvieron bien —dijo Austin—. Hubo mucho descontrol en el pueblo y en las ciudades, mayormente por la comida, se ha hecho un batallón para lograr conseguir algo útil de los Lore.

— ¿No cedieron las tierras para cosechar?

—No todos, la mayoría están a favor del Parlamento. Y el Parlamento... siempre estará en contra del Reino.

Asentí antes de notar que se acercaban los demás reyes. La familia Vhilah fue la primera que me saludó, ambos rubios y de gran altura. Luego, la familia Relish. Beca, la madre de Ian, me sonrió al verme.

— ¡Mia, estás enorme! —me tendió sus brazos para abrazarla.

Esa mujer siempre me recordó a mi abuela, una de las antiguas reinas. Beca siempre fue cariñosa y astuta, sin ganas de participar en la realeza, pero obligada a hacerlo, lo intentó y logró ganarse el corazón de muchas personas.

Los saludos cesaron y yo me dirigí a mi antigua habitación. Subí las escaleras y caminé varios pasillos hasta llegar a las habitaciones principales. Había unos siete cuartos, cuatro en uso. La mía estaba junto a la de Ian, y frente a las de Austin y Claire. Abrí la gran puerta y entré, aspirando el olor que había dentro: la limpiaron y la dejaron olear, las cortinas se movían con el viento que entraba por la ventana. Mi vista se posó en la cama, tan inmensa y cómoda a simple vista. También había un enorme armario, una bañera e incontables decoraciones que alegraban el lugar.

Me dirigí a la ventana y entré al balcón que daba a todo el jardín, se podía observar gran parte del bosque.

Estaba feliz, no podía negarlo. Me alegraba volver, ver tanto movimiento y ser parte del castillo nuevamente.

Alguien había tocado la puerta, me di la vuelta.

—Princesa —una muchacha con cabello rubio se inclinó ante mí—, seré su doncella desde hoy, la ayudaré con lo que desee.

No me sorprendí, estaba acostumbrada a ese tipo de atención.

—Claro, gracias —sonreí—. ¿Su nombre?

—Evelyn, alteza.

—Bien, Evelyn —me acerqué a ella—. ¿Sabe si hoy por la noche habrá alguna festividad? Mi madre no me ha avisado nada, pero veo al castillo muy revuelto.

El habla elegante dentro del reino siempre fue muy diferente al del pueblo. Las personas en el castillo acostumbraban a hablar con cierto temor de sus palabras, como si usar un término incorrecto frente a alguien de la realeza fuera un suicidio.

—Sí, alteza. Las fiestas han aumentado en los últimos tiempos —respondió—. Puedo ayudarla a escoger su ropa para la noche.

—Está bien, no será necesario, Evelyn, gracias —elevé las comisuras de los labios—. Puede retirarse.

Hizo una leve reverencia y se alejó de mi habitación.

La noche llegó y me coloqué un vestido realmente bonito. Bajé las escaleras hacia el salón principal, allí se encontraban muchas personas hablando y bailando al ritmo de la lenta música. Las miradas de las personas se concentraron en mí, hablando en susurros e intercambiando gestos cómplices. Sonreí, como un saludo general.

Esos susurros podrían contener desde elogios hasta cosas hirientes, pero lo entendía. Siempre lo entendí, al igual que todos.

— ¿Cómo fue la bienvenida? —preguntó una voz masculina detrás de mí.

Me di la vuelta y le sonreí a Ian. Me tendió una copa y la tomé en mis manos.

—Normal —me encogí de hombros. Ambos miramos alrededor, las personas bailaban, hablaban, nos miraban—. Es extraño volver, y no sé por qué. Siento las cosas muy cambiantes.

—Tal vez —miré sus ojos azules—. El reino, en general, cambió, Mia. Las cosas son más... complicadas. El pueblo, las ciudades, los demás elementos, los Lores.

—Sí, me alejé mucho de este ambiente —hice una mueca con mis labios.

Ian iba a responder, pero Austin y Claire se acercaron.

—Mia, te llama tu madre —interrumpió Claire, sus ojos marrones me miraron—. Está hacia la derecha, cerca de la escalera.

Asentí y me dirigí hasta allí. Miré a mi madre a lo lejos, estaba hablando con dos hombres que, a simple vista, se los notaba importantes.

— ¡Mia! —mi madre rió—. Te presento a Lord Ghol'R, Alfred, y a su hijo, Elian Ghol'R.

Ambos hicieron una reverencia, sonreí. Mi mirada se posó en el muchacho, parecía que superaba mi edad, tenía ojos marrones y cabello castaño.

—Un gusto —asentí.

—Elian tiene una importante carrera dentro de la economía, junto a su padre, y, además, es un genio con la espada.

Asentí nuevamente, con una sonrisa forzada.

Sabía a qué se refería; Lord Ghol'R tenía tierras y una posición favorable para el reino, si la realeza se juntaba con ellos podría ser una muy buena alianza. Y una de las maneras más seguras de unir a la familia con el trono, era con un matrimonio. Uno al que me podía negar, pero eso sería difícil.

La fiesta terminó y yo, con ayuda de Evelyn, me dirigí a mi habitación. En medio de la noche, desperté. La garganta me raspaba y mis labios se encontraban secos, necesitaba un vaso de agua. Una opción era llamar a Evelyn, pero decidí bajar y buscarlo por mí misma.

Con recuerdos pasados, me dirigí a la cocina. Como era de esperarse, no había nadie. Entré y encendí una vela. Tomé un vaso y me serví agua.

Para regresar a mi habitación, tomé un camino diferente, más corto. Pero para llegar tenía que pasar por el cuarto de reuniones. Escuché voces y me detuve frente a la puerta, en silencio. Estaba entreabierta y podía notar una luz y varias personas hablando, reconocí las voces, eran todos los reyes y reinas de agua.

Mi curiosidad me ganó y me acerqué lo suficiente para escuchar y no ser vista. Las palabras comenzaron a llegar a mis oídos.

— ¿Cuánto falta? —preguntó mi padre.

—Poco, Edward —murmuró Beca, la madre de Ian—. Poco para entrenarlos, poco para buscar una solución alternativa.

—Se enojarán, fue injusto no haber avisado —fruncí el ceño—. Y no fue astuto esperar hasta el final para actuar. Los demás elementos están avanzados, siempre preparados para luchar... nosotros, simplemente, no.

La tensión se concentró en mi cuerpo, si me descubrían no habría vuelta atrás.

—Pero no hay nada que hacer —interrumpió mi madre—. Así lo quieren los dioses, si no seguimos sus órdenes habrá guerras y muertes, y sin duda ellos estarán entre ellas. No quiero que vayan, no quiero que mi hija aprenda a pelear. Es fuerte, sí, pero la criamos como una princesa, no como una guerrera. ¡Al igual que Claire!

—Vinimos discutiendo esto hasta antes de que nazcan —negó el padre de Claire—, teníamos dudas, esperanza. Pero las demandas son claras y los

elementos confirmaron su presencia, debemos decirles a los chicos mañana. Son próximos herederos al trono de Agua, y nosotros estamos en él. Tenemos actuar, y aquí y ahora actuar significa luchar.

Capítulo 3

Capítulo 2

Mia bajaba las escaleras principales, dirigiéndose al salón principal, donde se desayunaba. Evelyn, su doncella, la acompañaba todo el tiempo. Sin embargo, era el segundo día de la princesa dentro del castillo y ya estaba bastante agitada.

—Evelyn —la llamó Mia, con una sonrisa forzada en su rostro. La muchacha dejó de hablar y acomodarle su vestido—. Es tarde y necesito ir a desayunar, ¿tú lo hiciste?

—No, alteza —Mia elevó las comisuras de sus labios.

—Perfecto, puedes tomar un descanso e ir a la cocina a comer algo, nos veremos más tarde.

—Pero...

—¡Sin peros! —repuso la princesa—. Gracias por tus servicios, ahora necesitamos desayunar.

La doncella, de mala gana, se alejó del salón y dejó a Mia sola. Ella avanzó hasta llegar a la larga mesa frente a sus ojos: todos estaban sentados, dispuestos a comenzar a comer cuando la observaron. Mia se sentó junto a Claire y frente a Ian.

Los pensamientos de la princesa eran confusos con respecto a la noche pasada, se sentía preocupada y se obligó a permanecer callada frente a cualquier pregunta sobre su rara conducta.

—Has estado en un permanente silencio, Mia —dijo su padre al terminar su comida—. ¡Es tu primer desayuno aquí, hija! Hemos estado mucho tiempo fuera, tienes que estar feliz.

—Oh, sí, lo sé —respondió ella—. Es que estoy algo cansada, no hay problemas.

Todos asintieron, menos Ian. La princesa giró su rostro hacia él e hicieron un notable contacto visual. Ian era una persona observadora, especialmente con Mia. Ella bajó la vista hacia su plato vacío, esperando no levantar sospechas sobre sus incertidumbres, como era de costumbre. Pero él ya había notado que algo sucedía, y estaba dispuesto a

preguntárselo.

Al terminar de desayunar, todos se dirigieron a diferentes partes del castillo. Mia se centró en el jardín, fuera de los muros del lugar, deseando respirar algo de aire limpio. Sin embargo, antes de cruzar la puerta, dos guardias la detuvieron.

—Disculpe, alteza, no podremos dejarla pasar fuera del castillo —comentó uno. Sus posturas eran firmes, mucho más que la de Mia, que se encontraba frunciendo el ceño.

—Discúlpeme usted, pero no he entendido —repuso confusa.

—No puede irse fuera sin autorización de un mayor, tiene dieciséis años, alteza.

— ¿Desde cuándo es esta regla?

—Desde que no sabíamos caminar —la voz de Ian hizo que ambos guardias se den vuelta, dándole la espalda a Mia—. Se ajustaba cuando éramos pequeños y necesitábamos autorización de nuestros padres para salir del castillo, nos podíamos perder.

—Exacto, alteza —dijo el primer guardia sin gesto alguno.

Ian sonrió, sin mirar a Mia.

—Pues, eso aplicaba cuando no teníamos cierto control en nuestros actos. Hoy en día la princesa puede entrar y salir sin seguir reglas ya que piensa cuando actúa, caballeros. Por ende, no es necesario prohibirle la salida del castillo.

—Seguimos órdenes de mayores, alteza, no podemos romper reglas —carraspeó el guardia mientras su ira iba creciendo—. Tiene que tener diecisiete años de edad para salir del castillo sin la aprobación de un mayor.

La sonrisa de Ian no se eliminó, simplemente se acercó más a los guardias con las manos detrás de la espalda.

—Entonces, si vamos a seguir órdenes —expresó el príncipe—, iyo tengo diecisiete y soy mayor de edad! La dejo pasar —siguió con ironía en su

tono de voz.

Ambos guardias se miraron. Mia e Ian sabían que estaban furiosos, pero siguieron insistiendo.

—Por si no escucharon, ordeno que la dejen pasar —reiteró el muchacho de ojos azules.

Y así lo hicieron: los guardias abrieron paso y Mia avanzó junto a Ian, alcanzando la fuente.

—Gracias —murmuró Mia.

—No fue nada.

Ambos se separaron y reposaron sus cuerpos en la fría fuente. El ruido de las voces y los caballos se hizo casi nulo, dejando que se escuche solo el ruido del agua cayendo. Mia miró hacia el lago y los árboles, que llevaban el camino hacia el bosque.

—¿Recuerdas cuando huíamos hacia los establos? —preguntó ella con una tierna sonrisa en su rostro.

—Sí —asintió Ian—. Eran buenos tiempos, y sé que volverán ahora que estás aquí.

La princesa miró a su amigo, quien estaba distraído mirando el gran paisaje. Su cabello oscuro y sus ojos azules combinaban perfectamente con cada facción de su rostro. Estaba mucho más alto y formado desde la última vez que lo vio.

—¿Y recuerdas cuando nos contábamos todo? —Ian la miró con el ceño fruncido—. Pues, hay algo que escuché ayer por la noche.

—Dime —él elevó las comisuras de sus labios.

—Pasé por la sala de reuniones, era de madrugada y estaban todos los reyes reunidos —comenzó Mia—. Hablaban de una lucha, algo de los dioses, y estábamos involucrados. No es importante lo que dijeron, sino la preocupación en su tono. Realmente sentían miedo.

Ian quedó pensativo, deseando que ella estuviera equivocada.

—Tal vez estás confundida, pero si no es así, quédate tranquila de que ellos siempre nos desearán lo mejor, nos aman.

Todos fueron llamados para ir a la sala de reuniones. Cuando Ian llegó se encontró con todos los reyes y herederos menos Mia. Sin embargo, su vista se fijó en alguien desconocido; era un hombre alto con cabello rubio y ojos celestes, con una vestimenta digna de un Lord. Los ojos del intruso se fijaron en Ian, se acercó hacia él.

—Alteza —este hizo una reverencia.

—¿Lord...? —preguntó Ian con un asentimiento de cabeza.

—Lord Demian Sthal, un placer.

—¿Qué hace usted en esta reunión, Lord Sthal?

—Si me permite, alteza, evadiré esa pregunta ya que, si se la respondo, no tendrá sentido el hecho de que todos estemos citados aquí —ambos se observaron—. Sin embargo, estoy aquí y permaneceré dentro de este castillo por un largo tiempo, ojalá les sea de ayuda, solo eso puedo decir.

Ian no se sorprendió, pues cada vez las sospechas que tenía Mia se le inculcaban a él.

—Ojalá así sea, fue un gusto, Lord Sthal.

—Alteza.

Mia entró al salón, acercándose con una gran sonrisa a los hermanos Vhilah. Sin embargo, ella e Ian se miraron brevemente a lo lejos, ambos con un miedo interno de que sus sospechas, por más extrañas y confusas que parecieran, sean ciertas.

Todos se sentaron en silencio, menos Demian, esperando que alguien comenzara a hablar.

—Pues, tenemos que decirles algo —comenzó Beca, la madre de Ian—. Es posible que les afecte, pero queremos que sepan que hemos hecho lo posible para que esto no suceda y que no pudimos contarlo antes porque faltaba la confirmación.

El corazón de Mia comenzó a acelerarse mientras hablaban, sin saber el porqué más allá de lo que escuchó la madrugada pasada. El que tomó la palabra fue el rey Linden.

—Hace tiempo las cosas vienen mal, y los cuatro dioses se dan cuenta de ello —comenzó—. Las guerras entre elementos o entre el mismo pueblo aumentan, no hay solución más allá de la que los dioses conocen, y ellos

hicieron una demanda hace mucho tiempo: todos los herederos de los cuatro reinos elementales deberán batallar en el Gran Bosque hasta que tres de ellos mueran. No se sabía que generación de príncipes y princesas serían, ¡casi somos nosotros! Pero los dioses demandaron que serán ustedes, chicos, los que pelearán con armas hasta ganar, y ganar significa permanecer vivos frente a los demás herederos.

—Sé que es difícil de comprender —siguió Beca—. No se precipiten, Lord Sthal será su entrenador, ustedes aprenderán y saldrán vivos. No queríamos que esto sucediera, intentamos detenerlo, pero la demanda es fuerte y, si no se cumple, los destrozos que nos llevaremos serán aún peores para todos nosotros.

Los cuatro chicos comenzaron a agitarse, gritando interiormente.

—Pero, ¡no tiene sentido! —exclamó Claire—. Hemos sido criados para sonreír frente a una multitud, no para pelear cuerpo a cuerpo contra alguien. ¡Qué clase de dioses hacen esto! ¡¿De qué nos serviría?!—

—¡No lo sabemos! Muchas cosas que hacen los dioses son incomprensibles en el momento, pero eso no asegura que no lo sean luego. Queremos lo mejor para ustedes, y esto es lo mejor —respondió Elizabeth Vhilah—. Si no se cumple esta demanda, habrá destrozos que ni nosotros podremos controlar. Dragones en Agua, hadas terrestres en Aire, criaturas mágicas fuera del bosque, personas yendo y explorando lo que hay más allá del mar. Y, lo más peligroso, castigos a los que no cumplieron sus demandas.

El silencio se extendió por toda la sala, cada uno esperando que alguien hable. Pero eso no pasó, porque Mia fue la primera en levantarse de su silla. Todas las miradas se dirigieron hacia ella.

—Sé —comenzó—que esto no es culpa de nadie... sin embargo, estoy decepcionada de lo que fue mi regreso al castillo. Como dijo Claire, hemos sido criados para cuidar de un pueblo, para usar lindos vestidos o elegantes trajes, no para llevar una espada en la mano. Me atrevo a decir que, esta vez, mis dioses me han decepcionado. Con permiso, me retiraré a mi cuarto, tengo mucho en lo que pensar.

Y así como lo dijo, se dirigió a su habitación.

—Esto es algo complicado —murmuró Lord Sthal—. Sé que están un poco confusos, pero el tiempo es oro, chicos. Las cosas avanzan rápido y mañana ya deberán entrenar.

Mia y su doncella, Evelyn, se encontraban en el cuarto de la princesa. La sirvienta no podía hacer más que llenar su bañera para asear a la princesa, pero la última sólo permanecía en un extraño silencio.

—¿Alguna vez se sintió decepcionada de todo a su alrededor, señorita Evelyn? —preguntó Mia.

La doncella, sorprendida de que alguien de tan alto rango le hablara con tanta confianza, abrió mucho los ojos.

—Creo que todos, alteza.

—Es penoso —comentó Mia mientras se metía dentro de la bañera—. ¡Y apenas tengo dieciséis años! Imagínese a cualquier otro ser humano de unos cuarenta de edad, su vida se encontraría llena de decepciones.

—Creo que usted lo lleva bastante bien, alteza —comentó Evelyn mientras lavaba su cabello—. Es una mujer muy culta y con respuestas orgullosas a casi todo planteo.

—¡Tonterías! Eso es lo que ha escuchado usted, es lo que escuchamos todos al hablar de alguien tan público como una joven princesa —frunció el ceño—. Es lo que escuchamos todos de todos, siempre habrá dos extremos. Pero nunca escuchamos rumores de los errores y temores de cada ser humano. Mi temor, en estos momentos, es morir, uno tan común y extraño a la vez. Es como temerle a tu primer beso, sabemos que tarde o temprano llegará.

—Lo que acaba de decir, princesa Mia, me ha demostrado y afirmado lo que le he dicho desde un principio —sonrió la doncella—. Sus respuestas son rápidas y sabias.

Mia, pensativa, asintió con una risa.

—Tal vez, pero será porque me han criado así. Soy una princesa, la gente me conoce desde antes de nacer; no es un talento o una cualidad, es una necesidad.

Ian y Austin decidieron montar a caballo luego de la terrible charla que han tenido con todos los reyes. Ambos pensaron que salir y tomar aire sería una buena opción.

—¿Qué piensas de todo esto? —murmuró Ian con cierta incertidumbre.

—Que es una estupidez —rió Austin—. Sin embargo, puede que haya ciertas ventajas. Tal vez las monarquías no sirven de a muchas familias, y el gobierno es una base muy importante para el control de los elementos.

Ian estaba a favor de lo que decía su amigo, pero no sentía que era la forma adecuada. Someter a unos adolescentes a una batalla era algo inhumano y totalmente precipitado. Pero Austin siempre trataba de pensar de una forma positiva ya que su sentido del humor no le permitía abandonar cierto lado de la vida.

—Me ha llamado la atención como ha reaccionado Mia —dijo Ian.

—Pues, ha crecido, como todos —Austin se encogió de hombros y en un leve movimiento de cabeza miró el rostro de su amigo—. ¿Te sigue gustando?

Ian, distraído, lo miró y sonrió. No esperaba ese tipo de pregunta.

—No, ni siquiera me llegó a gustar —rió Ian—. Era un niño, ella también... y era mi mejor amiga. Siempre me ilusioné muy fácil, ilo sigo haciendo! A veces me viene bien un poco de realidad.

—¿Por qué dices eso? —frunció el ceño.

—Porque era la primera chica que me llamó la atención, y mi mente creó una historia de principio a fin con ella. Pero crecimos; ella se fue, soy un príncipe, ella una princesa y ambos tenemos buenos pretendientes. Solo somos mejores amigos.

—¿Quieres decir que se fue y todos esos sentimientos se esfumaron así porque sí?

—No —murmuró Ian—. Quiero decir que tenía once años y no sabía lo que significaba un "me gustas". Y mucho menos sabía las ventajas de ser príncipe —sonrió.

—Por los cuatro dioses —rió Austin—. No te hagas el malvado, hay que entrar.

Al día siguiente, Mia y Claire se encontraban en el jardín. Atentas a su conversación, ambas oyeron a unos caballos acercándose y

se dieron la vuelta.

—Allí va Lord Sthal —señaló Claire mientras observaba como él y algunos guardias bajaban de sus caballos.

—Y una mujer —comentó Mia.

—¿Quién será? —Claire avanzó hacia el castillo y su amiga siguió los mismos pasos—. Supongo que es una nueva empleada.

—Hay nuevos empleados todos los días, Claire, ¡y nunca vienen con un Lord o guardias!

Claire comenzó a hablar y discutir sobre quién sería la misteriosa mujer. Sin embargo, Mia se encontraba aturdida desde el día anterior y lo único que deseaba era un poco de normalidad. Era entendible la actitud de su amiga, ninguno estaba acostumbrado a salir del castillo y ver a personas nuevas.

Ambas entraron al castillo y se dirigieron a la sala principal.

—¡Altezas! —llamó una mujer.

—Oh, Evelyn —sonrió Mia cuando volteó a ver quién se acercaba a ellas—. ¿Qué ha pasado?

—Las llaman en la sala de reuniones —dijo sin antes hacer una reverencia.

—Gracias.

Se dirigieron a la sala de reuniones con aún más preguntas. La puerta se encontraba abierta, entraron al escuchar unas voces. Austin, Ian, los reyes, Lord Sthal y la misteriosa mujer se encontraban allí, dialogando sin mucho carisma.

—Cierren la puerta —ordenó Edward Linden a los guardias fuera. Luego, miró a las princesas—. Tomen asiento, hay cosas de las que debemos hablar. Como saben, Lord Demian Sthal será su entrenador, pero no lo hará solo, Lady Nicole Balmari lo será también —todos los herederos observaron a la mujer de cabello y ojos marrones, su sonrisa era cálida y amable—. Desde ahora, todo su entrenamiento estará en sus manos.

Esa frase sometió a toda la sala a un silencio incómodo, esperando que alguien diga algo animante. Nicole fue el primero en tomar la palabra.

—Altezas —sonrió y bajó la cabeza hacia los herederos unos segundos—, espero que logremos hacer esto. Mi nombre es Nicole Balmari, como ya han dicho, y tengo treinta años... ¿alguna pregunta?

La charla no duró mucho más y todos se dirigieron a sus habitaciones para prepararse. Al salir, Mia se quedó última en la sala para poder hacerle una pregunta a su entrenadora.

—¿Lady Nicole?

—Sí, princesa Mia —sonrió.

—Perdón si me entrometo demasiado, pero ¿cómo ha llegado a ser entrenadora?

—Oh, linda, no soy entrenadora. Sé usar mi elemento bien y practico con espadas, lanzas, arcos y cuchillos.

Mia frunció el ceño.

—La sociedad ha crecido, pero, si no me equivoco, las mujeres no hacen esas cosas —Mia se apresuró a arreglar lo que había dicho—. ¡No quiero ofenderla!

—No me ofende, princesa —rió Nicole—. Soy una Lady, pero mis padres siempre han abierto su mente y cuidados. No hay nada mejor que una hija que se pueda defender por si sola, sin guardias ni hombres.

Todos subieron a sus cuartos, cambiándose para el primer día de entrenamiento. El primero de muchos.

Capítulo 4

Capítulo 3

Cuando Claire entró a su cuarto, Mia y su doncella, Evelyn, ya estaban dentro. Ambas princesas se miraron.

—¿Has visto lo que tenemos que usar? —preguntó Mia—. Porque yo sí, y estoy aterrada.

Claire se acercó y se ató su cabello rubio en una coleta antes de acercarse a su cama. Al ver el uniforme que tendrían que llevar ambas, se quedó paralizada. Era una falda con pantalones de metal debajo, equipada especialmente para moverse y actuar con todas las armas.

—¡Es horrible! ¡Y súper pesada! —gruñó Claire—. Por los cuatro dioses, esto parece una armadura.

Mia, pensativa, sonrió al notar que no era la única que pensaba que usar eso era una locura. Tal vez no lo era, pero ambas estaban saliendo de su zona de confort sin previo aviso. Evelyn se encontraba observando las reacciones de las princesas, con una mueca de decepción al notar la demanda de los dioses.

—No me pienso vestir con esto —exclamó Claire—. No es que sea caprichosa o no respete las demandas de los dioses, ¡pero es un delirio!

—Lo sé —asintió Mia—. Pero debemos mantenernos fuertes, Claire, es inevitable no pensar en lo extraño que es... pero es nuestro deber.

—Nuestro deber es aprender lo suficiente antes de asumir al trono —rió la princesa—. Pero tienes razón, debemos mantenernos fuertes.

—Evelyn —llamó Mia—. Vayamos a mi cuarto así me preparo para el entrenamiento.

—Claro, alteza.

Todos los herederos bajaron las escaleras y se encontraron en el jardín principal. Ian fue el primero en salir fuera del castillo, notando que Demian y Nicole ya estaban preparados. Los reyes se encontraban

sentados frente al entrenamiento, esperando que todos sus hijos bajaran.

—Te ves preocupado —dijo una voz tras el príncipe, Ian se dio vuelta y se encontró con el rostro de Mia y su mirada perdida hacia sus padres.

La princesa analizó el traje de Ian, era muy parecido a lo que utilizaba siempre, pero más parecido a una armadura. También notó que traía una vaina, algo muy típico en los guardias.

—Te ves diferente —sonrió él—. Y todos nos vemos preocupados.

—Lo sé —asintió ella—. Me siento en una burbuja que está a punto de explotar y, cuando eso pase, caeremos y todo se esfumará.

Ian la miró, admirando su cabello oscuro y sus ojos marrones. Iba a responder, pero los hermanos Vhilah llegaron al jardín. Minutos más tarde, todos los herederos se encontraban en una ronda alrededor de sus entrenadores, a la vista de sus padres. Cada uno tenía un miedo singular, mirándose el rostro o esperando alguna extraña reacción.

—Muy bien —comenzó Lord Demian—. Para empezar con esta rutina de entrenamiento, quiero que tomemos confianza. Todos sabemos que ustedes son de la realeza, y ustedes saben que somos de la alta cuna o como quieran llamarlo. Pero ahora necesito que esos pensamientos y realidades se eliminen de su mente —dijo con claridad. Había algo en su voz que le permitían asumir cierta autoridad y seguridad frente a los herederos—. Queremos, Nicole y yo, que dejen de llamarnos con elegancia. Les pedimos que cualquier duda sea preguntada con total confianza, que haya un seguimiento, y con fortaleza y amistad de ambas partes tendremos un notable progreso.

Los cuatro asintieron. Nicole, vestida de igual manera que las princesas, tomó la palabra y dio un paso adelante.

—Empezaremos con algo no tan complicado —sonrió—. Necesito que agranden la ronda alrededor de nosotros, en el orden que están, chicos.

Obedecieron y todos dieron unos cuantos pasos hacia atrás, observando a sus entrenadores.

—¡Muy bien, listo! —Nicole alzó la voz para ser oída—. Ahora quiero que todos presten suma atención; aprenderán a utilizar sus poderes, a controlar el agua.

El corazón de los herederos comenzó a acelerarse, permaneciendo inmóviles. Eso que tanto habían esperado, que tanto habían deseado... se iba a cumplir. Que un futuro rey o reina controlara el agua era un paso

importante, y no solo para ellos, sino para cada elemental.

—Necesito que visualicen algo esencial —gritó Demian—. Lo primero es que ustedes pueden lograrlo, tal vez no al comienzo, pero no se desesperen. Lo segundo es que deben pensar en el agua del lago, es lo más grande y cerca que tenemos, tratarán de controlarla. También tienen que utilizar sus manos, hacer lo que pida su cerebro y reflejarlo en el cuerpo. Y, por último y más importante, es que, al cerrar los ojos, deben pensar en algo que los haga poderosos por dentro. Algo que los llene; una persona, una situación, un recuerdo, un sentimiento, no lo sé, eso solo lo sabrán ustedes. Lo importante es que debe ser algo o alguien que los haga sonreír, que los haga feliz y que los ilumine por dentro... es lo único que saca nuestro poder.

La felicidad se esfumó cuando ninguno tenía presente qué era en lo que pensarían. El primero en ir hacia el centro de la ronda fue Austin. Su corazón palpitaba con fuerza al colocarse frente al lago y notar que todos lo miraban con atención. Nicole le dijo algo en el oído y se alejó de él.

Austin miró el agua unos segundos y cerró los ojos. Alzó sus brazos y colocó sus manos delante de él, apuntando a su objetivo. Por unos segundos, nada pasó, pero cuando todos fijaron su mirada en el lago, Austin abrió los ojos. Un pequeño hilo de agua se elevaba hacia el cielo, fue entonces cuando el agua comenzó a subir rápidamente, formando un gran tubo, tan alto y grande que asustaba. Este giraba y salpicaba, Austin movió sus manos y el agua volvió a la normalidad. Los aplausos se hicieron presentes cuando el rubio sonrió.

—¡Muy bien! —rió Demian—. ¡Eso estuvo fantástico, Austin!

La siguiente en tomar su lugar fue Claire. Ella parecía nerviosa, pero imitó la postura de su hermano y abrió los ojos al mover las manos. El tiempo pasó y ella elevó sus brazos hacia los costados y el agua obedeció, reflejando como ella se movía. Cuando chocó sus manos, el agua también lo hizo, aplastándose y volviendo a su lugar. Todos aplaudieron con una sonrisa en el rostro.

Ian fue el segundo en pasar. Él no cerró los ojos en ningún momento y, al pasar los segundos, tampoco abrió los brazos. Sin embargo, luego de un tiempo, los elevó hacia el cielo y una gran ola de agua subió y se acercó a él. Beca, su madre, se levantó del asiento al notar que el agua seguía elevándose y acercándose a su hijo. Ian, al notar que se estaba saliendo de sus manos, bajó los brazos. El agua bajó y el lago permaneció en total normalidad. Aplaudieron con un gran suspiro.

—¡Mia, sigues tú!

La princesa avanzó y se colocó frente al agua. Tragó saliva y se permitió cerrar los ojos. Pensó en montones de momentos y personas, pero nada funcionaba. Pasaba el tiempo y el agua seguía sin moverse ya que nada la encendía por dentro. Cuando daba todo por terminado, algo invadió su interior. Un simple recuerdo de ella e Ian, eran pequeños. Mia sonrió inconscientemente al recordar los ojos de su amigo, al imaginarlo diciendo algún chiste, al ver a su familia y amigos reunidos junto a ellos. La princesa abrió los ojos con las comisuras de sus labios elevadas, extendió sus brazos y el agua se comenzó a elevar. Las gotas se iban agregando con una gran facilidad, formando un temible tornado de agua sobre el lago.

Sin embargo, un grito la sacó de su trance.

—¡Ya basta!

Mia bajó los brazos y, algo atormentada y confusa, miró a su alrededor. Todos la miraban con extrañeza, en especial sus entrenadores. Ella se dio la vuelta y miró hacia al lago, estaba pacífico y tranquilo.

—Por los cuatro dioses, ¡eso fue excelente! —aplaudió Claire y todos se unieron a ella.

El entrenamiento había terminado, pero Demian no paraba de pensar en ese tornado de agua, decidido en ir y hablar con la princesa. Pero Mia no dejaba de pensar en Ian. Ella alzaba la mirada todo el tiempo y se encontraba con el rostro de su amigo; a veces sonreía, hacía muecas, pero Mia seguía sin entender porqué le llamaba tanto la atención.

—Eso fue increíble —dijo Austin con una sonrisa—. Fue la mejor sensación que sentí en mi vida, dioses —rió—. ¿Tú cómo lo has sentido?

Todos los herederos se encontraban almorzando.

—Extraño —murmuró Mia.

—Yo también lo he sentido extraño —se quejó Ian—. Ha sido muy satisfactorio el saber que puedo controlar el agua.

—¡Deja de hablar así! ¿A caso ninguno de los dos tiene emociones? —exclamó Claire—. ¡Ha sido la mejor maldita experiencia de mi vida! He controlado mi elemento, he sentido magia en cada parte de mi cuerpo.

Para celebrarlo, los reyes organizaron una fiesta en el castillo con todas las personas populares que podían haber entrado dentro. Todo el castillo estaba lleno de emoción y entusiasmo, los sirvientes cantaban con euforia al empezar con los preparativos.

Cuando terminaron de almorzar, Mia subió las escaleras, deseando encerrarse en su cuarto hasta que logre estar todo normal. Pero sus planes fueron arruinados al recibir la noticia de la fiesta por parte de Evelyn, su doncella que esperaba fuera de la puerta. Ambas entraron a la habitación, Mia se propuso quitar el vestido, pero Evelyn se le adelantó.

—La tengo que felicitar, alteza, ¡ha dominado el elemento! ¡Y qué forma de hacerlo!

—¡No, por favor, no hable de eso!

—¿Por qué no, alteza? —inquirió Evelyn mientras preparaba la tina.

—No ha de importar —Mia forzó una sonrisa—. Ahora ven y ayúdame a elegir un vestido antes de meterme en la bañera.

Las horas pasaron y la fiesta comenzó. Los herederos se encontraban todos en la sala principal, bailando y charlando con cualquiera que se cruzara y los felicitara por lo que habían hecho ese maravilloso día. Los cuatro se sentían halagados y alegres y, por un momento, se olvidaron la razón de ese entrenamiento.

Claire, Ian y Mia se encontraban hablando luego de danzar un buen rato. Sin embargo, su diálogo fue interrumpido por un muchacho. Mia lo reconoció: era Elian Ghol'R, hijo del Lord que le había presentado su madre. Les sonrió a los tres e hizo una pequeña reverencia.

—Disculpen, altezas —dijo él—. Perdón por interrumpir, quería preguntarle a la princesa Mia si me concedía esta pieza.

Ella asintió con una sonrisa y se alejó de sus amigos. Mia estaba acostumbrada a bailar y hablar con todo el mundo, sin embargo, se encontraba nerviosa. Cuando su madre los había presentado había una chispa en sus ojos, algo que le hacía temer del resultado de su encuentro.

—Es un buen partido —dijo Claire distraída.

—Todo hijo joven de un Lord con dinero o con fines comerciales es un buen partido para el trono —se limitó a decir Ian, observando el comienzo del baile de ambos.

Elian la tomó de la mano y ambos siguieron el ritmo de la canción, haciendo el baile tradicional del reino. Ninguno se preocupó por fallar, lo sabían de memoria como si fuera parte de ellos, algo muy común cuando habitas demasiadas fiestas.

—¿Su padre está por aquí? —preguntó Mia.

—Sí, alteza —sonrió Elian—. Como siempre, hablando con cualquier cosa que pase frente a sus ojos.

—Eso es una ventaja.

—¿Por qué lo dice?

Mia lo miró y sonrió.

—Es un Lord, y todo señor tiene que tener buenos lazos —dio la vuelta y se fue acercando a él.

—Tiene las cosas claras, alteza.

Ambos se miraron por unos segundos, continuando con el baile. No hablaron hasta que la princesa frunció el ceño.

—¿Qué ha querido decir, Elian?

Él la miró y bastó para que ella entendiera. Los ojos marrones de ese chico lograron intimidar a Mia. Tal vez no por él, lo que le preocupaba es la gran barrera que cruzó en su vida. Porque ya no era la típica princesa, ya no era la que jugaba con lindos vestidos o pedía los postres más ricos del castillo. No, ahora sus cosas se comenzaban a complicar. Y el matrimonio se agregaba a su lista de problemas, porque las ofertas de todos los Lores llegarán a su puerta y tendrá que sumarse al duro mundo sin amor que venía esperando. Siempre lo supo, siempre lo entendió; casi no existían las oportunidades de casarse por puro cariño, pues todo eran alianzas. Pero entenderlo y vivirlo eran cosas muy diferentes.

—He querido decir que es un hombre decidido —apresuró Elian.

—Oh, claro —rió Mia—. Creo que todos a mi alrededor piensan que me he vuelto un poco estúpida, disculpe mi vocabulario, al alejarme del castillo por unos cuantos años. Pero, señor Elian, ambos somos jóvenes y comprendemos las insinuaciones del otro. Puedo parecer alejada de toda la realeza, pero le aseguro que me he dado cuenta de lo ansioso que está

usted y su padre de que tú y yo formemos una alianza a través del matrimonio. Sin embargo, le tengo una mala noticia: sé decidir por mí misma, y no encuentro apetecible el hecho de que usted sea mi compañero. Le recomiendo que la próxima vez que le atraiga una muchacha o, mejor dicho, su alianza con ella, se lo haga saber con más de dos días de conocerse.

Elian, asombrado por la inesperada respuesta de la princesa, se quedó atónito cuando terminó la música. Sin embargo, Mia sonrió e inclinó la cabeza. Se alejó con un fuego que le quemaba por dentro, ella sabía que se había mostrado segura al decir esas palabras, pues estaba demasiado nerviosa. Se acercó hacia Claire y suspiró, tomando un vaso de agua y bebiendo su contenido.

—¿Qué te ha pasado? —bromeó su amiga—. Estás roja.

—Aquí dentro hace calor.

—¿Cómo ha estado Elian? Es uno de los chicos más apuestos y normales hoy.

—No ha sido de mi agrado —Mia se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Luego te cuento —se excusó—, ahora preocúpate por el chico que te ha estado mirando toda la noche —ambas miraron a la otra punta del salón—. Ve, en cualquier momento te hablará, eres una princesa.

Así lo hizo Claire, dejando que Mia suspire con pesadez. Desde niña siempre fue impaciente, deseaba crecer y tener una relación con el mundo. Pero las cosas cambiaron... y ella necesitaba que las cosas se calmaran.

La princesa alzó la vista, notando que todos estaban entablando conversaciones entre sí. Decidió que era hora de sociabilizar un poco, pues qué diría la gente si una princesa no habla en todo el baile. Sin embargo, esperó hasta la próxima canción, tratando de pensar y relajarse.

Miró a Claire, bella y simpática, haciendo que todos allí la observen con una sonrisa. Austin se encontraba con sus padres, feliz y radiante, conquistando a todos con sus bromas. Luego estaba Ian, bailando con una muchacha de cabello castaño, aún más oscuro que el de Mia. Ambos reían con elegancia, perdiéndose entre la gente.

La princesa analizó el rostro de la mujer y luego el de Ian. Parecía feliz, sin tensiones ni nada que le impida sonreír, como el resto de sus amigos.

Ella parecía la única en una catástrofe, un pensamiento algo egoísta, dentro de ese castillo.

La canción finalizó y Mia, decidida a ir y relacionarse, se quedó en su lugar cuando Ian se acercó a ella. El príncipe se colocó a su lado y bebió un poco de agua, la miró con curiosidad.

—Casi no has bailado en toda la noche —dijo él.

—Estoy algo agobiada —Mia miró a las personas descansando para la próxima canción.

—¿Qué mejor que bailar para el estrés? —Ian le tendió la mano.

Mia rió y alzó ambas cejas, tomó su mano y ambos se dirigieron a la pista de baile.

—Creo que no hemos bailado juntos desde que tenemos once años —murmuró ella.

Ian la miró y asintió, se limitó a permanecer callado ante esa afirmación. Comenzó la música y demás personas se unieron al baile. Ambos sonreían y hablaban, un especial reencuentro entre viejos amigos.

—Ya hemos hablado de toda cosa inútil a nuestro alrededor —indicó Ian—. ¿No quieres hablar de tu rostro perturbado desde hoy por la mañana?

—Me asusta tu paciencia y capacidad para detectar qué le pasa a cada persona —él la miró—. Pues nada, Ian, solo me adapto a lo nuevo: controlar mi elemento, recibir propuestas...

—¿Cuándo ha pasado eso? —interrumpió con el ceño fruncido.

Mia lo miró con una sonrisa.

—¿Recibir propuestas? Desde antes de llegar al mundo, supongo —respondió ella—. Ese no es el problema... la complicación en estos asuntos es la proximidad del evento. Ya sabes, no es lo mismo una propuesta de casamiento a los diez que a los dieciséis.

Él no respondió y ambos siguieron la danza con una extraña concentración. Ian le dio la vuelta y Mia le rozó el pecho suavemente. Su mente se sentía confundida, pues no había palabras para demostrar qué era lo que ella sentía.

El baile terminó y ambos se miraron frente a frente.

—Sabes —dijo Ian—que nadie puede obligarte a hacer nada, aun siendo una pequeña pieza de ajedrez.

Ella lo miró y rió.

—Lo sé desde que tengo memoria.

La mañana siguiente, Claire bajó las escaleras principales para llegar al salón principal. Levantó su vestido y le sonrió a su doncella.

—Dolores —la llamó—, ¿dónde están todos?

—Creo que hay invitados, princesa.

Ella le asintió, agradeciéndole y dirigiéndose hacia las puertas principales del castillo. Se acercó al oír unas carrozas provenientes del pueblo y al notar a casi todos los reyes y reinas esperando a tan intrigante visita.

Cuando el carruaje llegó, los soldados gritaron:

—Altezas, con ustedes, la familia Ghol'R.

Abrieron las puertas y salieron un hombre y una mujer con una postura simpática y elegante. Luego, un muchacho, conocido a los ojos de Claire, y una muchacha, algo menor, con un gran vestido extrovertido.

Claire saludó con amabilidad y simpatía, y la familia le respondió con igual gesto. Sin embargo, la princesa permaneció atenta a la conversación que Lord Ghol'R estaba manteniendo con Edward Linden.

—Gracias por aceptarme, Edward —dijo Lord Ghol'R.

—No tienes que agradecerme —sonrió el rey—. Es un placer tenerlos a todos aquí, en especial a Elían —ambos lo miraron con una sonrisa—. Deseo y espero que a mi hija le caiga bien.

Claire elevó su mirada hasta el ventanal de su amiga, y allí estaba ella, mirando la escena sin mostrar ningún tipo de sentimiento. Aunque Mia no pudiese escuchar, sabía porqué ellos estaban allí. Ambas hicieron un leve contacto visual y Claire trató de sonreír, pues no sabía que más hacer. Ella también lo sabía: las edades avanzaban y la vida no se detenía. El casamiento era algo planeado e imposible evitar.

Pero más difícil era casarte con alguien que amabas.

Al entrar al castillo, Mia ya se encontraba a la espera de los invitados junto a su doncella. Evelyn miraba a la princesa en silencio, preocupada al ver su aspecto inquietante. Cuando ambas vieron a la familia visitante se quedaron inmóviles. La primera en dar el primer paso fue Evelyn, haciendo una corta reverencia ante ellos. La familia imitó a la doncella, pero dirigiéndose a Mia.

—Hija —llamó su padre, el rey—. Te presento a la...

—Familia Ghol'R —interrumpió la princesa con una sonrisa irónica—. Sí, lo sé, mi madre ya tuvo la eficacia de presentarme a Lord Ghol'R, Alfred, y a su hijo, Elian —se acercó a la familia—. Sin embargo, no tuve la oportunidad de conocer a estas señoritas —le sonrió amistosamente a la mujer mayor y a una muchacha que aparentaba su edad—. Soy Mia, un gusto, ¿ustedes son...?

—Laurel Ghol'R, alteza —sonrió la mujer de pelo castaño—. Y ella es mi hija, Rut.

Ambas se sonrieron. A Mia no se le pasó de largo el gran vestido que tenía, mucho más extraño de los que ella acostumbraba. Sin embargo, ese no era ni un problema comparado con el que presentaba el hermano de esa muchacha. La princesa lo miró a los ojos mientras su padre le hablaba, sin interesarse lo más mínimo.

Ella estaba molesta, indignada. ¡Cómo se atrevían a traerlo a su hogar! ¡Cómo se atrevían a darle más problemas cuando estaba pensando en una batalla!

—¿Has escuchado, Mia? —preguntó su padre.

—Sí, padre.

Ese mismo día el entrenamiento prosiguió, esta vez sin poderes y con más armas. Austin se encontraba junto a Ian, esperando las órdenes de sus entrenadores. Alzaron la vista cuando Claire y Mia se dirigieron a ellos con sus trajes puestos. Los cuatro hablaron como una sonrisa hasta que

llegara la hora del trabajo.

Mia observó a sus padres y a la familia Ghol'R. Miraban hacia los cuatro herederos en todo momento, esperando para ver sus movimientos y analizarlos.

Demian y Nicole tiraron una gran variedad de armas en el suelo: desde espadas, arcos y lanzas, hasta hachas, sables y dagas.

—Tomen la que más les llame la atención —dijo Nicole.

Luego de mirar con una gran incertidumbre a cada instrumento, eligieron sus armas. Austin tomó unas dagas en sus manos, Claire se colgó el arco y las flechas, Ian eligió una espada y Mia, por último, una lanza dorada. Los cuatro se pararon frente a sus entrenadores, esperando alguna reacción frente a sus elecciones, pero ninguno dijo nada.

—Bien, ¿alguno sabe usar el arma que eligieron? —preguntó Demian.

—Algo —respondieron Austin e Ian.

—A mí me enseñaron algo de pequeña —murmuró Claire, mirando el arco.

Demian asintió y miró a Mia.

—¿Y tú, Mia?

—No, casi nada —dijo la princesa mientras tocaba su lanza.

—Bien —sonrió Nicole—. Aprenderán a usar todas las armas posibles, empezaremos por estas. Necesitamos que cada uno vaya a algún lugar en el jardín, lejos del otro.

Todos obedecieron y se dirigieron al lugar que más les apetecía. La que más se alejó fue Mia, deseando que ni su familia ni los Ghol'R la observaran.

Ian, a lo lejos, observó a la familia Ghol'R. Bajó su mirada a su espada y luego la alzó para esperar a sus entrenadores. Sin embargo, se percató de algo inquietante: lo estaban observando. Sus ojos azules se chocaron con unos marrones. Si su memoria no fallaba, ella era Rut Ghol'R, presentada hoy por la mañana a todos los herederos. Ella era bastante bonita, tal vez un año menos que él y se notaba lo extrovertida que podía llegar a ser a través de su ropa; llevaba un vestido amarillo que resaltaba su cabello junto con un extravagante peinado. Rut seguía mirándolo, pero Ian corrió su vista, pensando en esa extraña y bella chica. Él era un príncipe, ¡estaba acostumbrado a tener cierta atención de las mujeres! Sin

embargo, Ian muy pocas veces se aprovechó de eso: sabía que todo era por algo más que su personalidad o su belleza externa, lo deseaban por el trono.

Los entrenadores trataron de ayudar a sus alumnos con sus armas, pero se volvió casi imposible: la coordinación y la estrategia no formaba parte de los herederos. Fueron criados para reinar, ino para pelear! Sin embargo, Demian y Nicole fueron pacientes e intentaron seguir adelante, tomando la iniciativa y no gritar cuando hacían tontas preguntas.

El día pasó y cada uno se encariñó con el arma elegida, pues ninguno pensó en tomar otra, aunque tendrían que aprender a utilizar todas.

Mia se encontraba preparada para la cena con los invitados: los Ghol'R. Claro, sólo estaba lista su vestimenta, porque su mente hervía de los nervios. Nervios furiosos y resentidos, nervios incómodos y alejados de su manera natural de llevar una conversación.

Pero, aunque haya estado nerviosa, ella se paró y le dio las gracias a Evelyn. Bajó las escaleras con total disgusto, fingiendo la misma sonrisa tierna y cálida que le daba a todas las personas. Irradió felicidad, entusiasmo y cariño como nunca nadie lo había hecho: la princesa perfecta.

Pero no se sentía bien.

Capítulo 5

Capítulo 4

Al sentarse todos en la mesa, Elian notó que su padre y el rey habían hecho lo posible para que Mia se siente a su lado. Él no tardó en sonreír al notar el disgusto de la princesa a través de esa hermosa mueca e inquietante mirada. Elian era un buen hombre, pero no sabía cómo tolerar ciertas cosas. Entre ellas, su sentido del humor.

El muchacho era inteligente: sabía cómo manejar a su familia. Él entendía lo que querían, pero también entendía lo que él necesitaba. Si ellos deseaban casarlo con una princesa, ¡perfecto! Elian lo haría, es más, le encantaba ver a Mia enojada deseando que su presencia no existiera. Pero, al hacer lo que su familia demandaba, luego los mantendría contentos para pedir lo que a él se le antojara. Siempre funcionó así, guardando cosas en su interior y dejándose llevar por los chistes y no por la histeria.

Mia notó que Elian sonreía y decidió ignorar ese gesto, levantando la vista y encontrándose con Ian y Rut delante de ellos. Ambos hablaban con simpatía y fluidez, como si quisieran saber cada vez más del otro. La princesa los miró e intentó analizar a aquella muchacha castaña. Las facciones eran bonitas, y sus acciones abiertas y simpáticas. Ella suspiró y decidió conversar toda la cena con Claire, esperando que nadie necesitara su atención.

Al comenzar a servir los platos, el rostro de Rut se transformó: de una bella y cálida mirada, todo se convirtió en un gesto de asco. Mia lo notó con claridad, siendo precisa y disimulada al ver las muecas de la joven con calma. Pero también se fijó en Ian, esperando que él use su máxima paciencia para determinar la personalidad de Rut. Pero al príncipe se le pasó desapercibido, sólo necesitaba alejar sus pensamientos y problemas sobre la batalla que le esperaba!

—Claire —llamó Edward Linden—. ¿Puedes pedirle a mi hija que deje de pensar y que me mire?

La princesa rió y miró a Mia, quien estaba frunciendo el ceño hacia su padre, notando su muy buen humor.

—¡Por fin! ¿Cómo has estado, hija?

—Bien, padre, la comida está deliciosa.

—Lo está, ¿verdad? —él asintió—. La ha elegido mi amigo, Elian.

El rey miró al joven de ojos marrones, esperando una buena respuesta por parte de ambos. Mia no dijo nada, pero Elian se apresuró a permanecer en total calma y habló con elocuencia.

—Gracias, alteza —mostró su sonrisa y miró a Mia—. El pollo es muy tradicional en el pueblo. Si una buena familia sabe cocinar pollo, ¡felicidades! ¡Será la próxima anfitriona de las fiestas! Es algo muy especial en el reino...

—Sí, lo sé, Elian —interrumpió Mia—. El apetito es muy grande en el pueblo, y la comida algo muy especial. El pollo, las patatas y, por supuesto, los elegantes quesos. Sé sobre mi pueblo, ¡y aún más cuando se trata sobre sus preferencias!

—Una buena princesa debe controlar a su pueblo.

—Una buena princesa y futura heredera debe conocer a su pueblo —corrigió Mia, dejando notar una leve sonrisa en la comisura de sus labios.

Edward, observando cada gesto proveniente de su hija, sonrió con disgusto. Mia era cálida y honorable, pero muchas veces dejaba salir a la luz sus desacuerdos con los demás de una manera peculiar. El rey sonrió para dejar que el momento pase y decidió no arriesgarse a que la princesa haga quedar mal a la realeza con tan especial familia.

La comida transcurrió y el príncipe Austin no dejaba de observar a su amigo Ian junto a Rut, entablando felices conversaciones. El rubio llamó la atención de su hermana, Claire, y le señaló al príncipe con un leve gesto de cabeza. Ella siguió la mirada de su hermano y notó lo agradable que estaba Ian ese día, parecía completamente distraído de exteriores. Los mellizos se sonrieron, esperando que, algún día, su amigo les cuente qué tan agradable era esa señorita.

Sin embargo, a Mia nunca se le pasó desapercibido las charlas que había en la mesa, y menos de los dos jóvenes que se encontraban delante suyo. Ella lo miraba ansiosa, tanto que él no podía dejar de observar sus ojos. La princesa se incomodó, deseando que su ahogo se detenga y que la deje de atosigar con problemas.

Al otro día, Elian se encontraba paseando con su hermana por el gran castillo a tempranas horas de la mañana. Él la observó muy feliz. Dieron una vuelta y se dirigieron hacia las afueras de las grandes puertas, respirando aire fresco y limpio. Se tomaron del brazo y hablaron con total simplicidad.

—No te veo muy contento, Elian —comentó Rut, deseando que su amado se despertara para poder seguir observando tan hermosos ojos azules—. ¿Ha sido muy difícil conquistar a la pequeña Mia?

—Pequeña —rió él—. Su edad y mentalidad es mayor a la tuya.

—No es gracioso —sonrió la castaña, deseando que el sol no le molestara más su vista—, la edad no define la mentalidad, hermano, ¡y menos si sólo hablamos de unos meses!

—Es interesante saber que Ian se haya fijado en ti —Elian miró hacia delante—. Pero es muy probable que sólo sea un pequeño amor entre otros, Rut, las cosas no son tan fáciles. Sí, tienes dinero y eres hermosa, pero los jóvenes cambian, como tú y yo, y se liberan en su forma de pensar. Repasa que él es un príncipe y tiene miles de propuestas, y si no actúas como debes, entonces serás una declaración más.

—No le digas a una mujer como tiene que conquistar a un hombre, hermano, ni aunque fuera un príncipe —Rut elevó su barbilla con una sonrisa y comenzó a caminar con gran elegancia hacia el lago.

Mia comenzó a recorrer el castillo por la mañana, esperando que nadie deseara hablar con ella. Escuchó con atención el sonido de las aves y las pocas voces que se oían. Sonrió al sentir el ruido de los caballos y el suave olor a pasto mojado. Amaba ver al sol iluminando su rostro mientras sentía como las personas sólo acomodaban o preparaban el desayuno.

Recorrió gran parte de los caminos hasta encontrar una de las puertas que daban vista al establo. Los ojos de la princesa se concentraron en Ian, lo observó bajando de su caballo, sonriéndole al joven que lo había ayudado. Él elevó la vista y miró a Mia, elevando las comisuras de sus labios. Ella se acercó hacia él, por fin saliendo del castillo y observando lo hermoso que

era el día.

—Buen día —dijo el príncipe, distraído mientras llevaba al caballo.

—Buen día —respondió Mia, mirándolo—. ¿Desde cuándo andas a caballo por las mañanas?

La princesa elevó su mano hasta tocar la cabeza del caballo y acariciarlo con suavidad.

—Desde que me di cuenta que, por la mañana, hay menos personas que intentan hablarme —Ian giró su rostro y miró a Mia—. ¿Desde cuándo sales a caminar por las mañanas?

—Desde que llegué —bromeó la princesa, fijándose en los azules ojos de su amigo cuando estos encontraban el brillo del sol—. ¿Cómo sientes a la familia Ghol'R?

Fue inevitable para ella no cambiar el tema de forma tan repentina, necesitaba saber las diferentes opiniones de sus más allegados, en especial de Ian. Sin embargo, ella no sabía porqué la necesitaba.

—Pues, son simpáticos e interesantes —comentó él—. He hablado con Rut y parece una buena muchacha, es divertida. ¿Y a ti? ¿Qué te ha parecido Elian?

Mia tardó en responder, se dignó a hacer un gesto inocente y sin importancia. La princesa deseó entender qué sentía Ian. Ellos eran personas con grandes propuestas, sin embargo, ¿cómo sabrías cuando una te interesaría verdaderamente? ¿Cómo es enamorarte de alguien? ¿Cómo sabes que el otro se ha enamorado de ti?

—No me parece una persona interesante.

—Tal vez porque no la quieres conocer, Mia.

—¿Por qué querría conocer a alguien que está aquí sólo por pura importancia objetiva y conveniencia monetaria?

—¿Cómo sabes que no es algo sentimental?

—¿Cómo sabes que lo es? —contraatacó ella, esperando dejar a Ian sin palabras, pero no fue así.

—A veces hay que arriesgarnos, no podemos vivir con un constante miedo, en especial nosotros.

Ambos comenzaron a caminar juntos, esperando el habla de alguno. Pero no era una caminata incómoda, nunca lo fue con ellos dos juntos. Se sentían tranquilos a pesar de todo.

—¿Por qué te has decidido arriesgar con Rut? —preguntó Mia, luego de un largo rato sin palabra alguna—. ¿Qué indicios te ha dado para tener confianza con una persona desconocida?

Recorrieron el jardín, observaron el bosque, tranquilo e inmóvil, y respiraban en conjunto. Mia notó que el movimiento dentro del castillo era visible: las personas comenzaban a levantarse y a prepararse para un nuevo día.

—¿Quién dijo que me arriesgué por ella? Sólo digo que hay que ser pacientes. No lanzarse a una persona como si fuera un gran vacío, pero permanecer con cierta apertura.

—Entonces... ¿crees que debo tratar de abrirme a Elian?

Mia no necesitaba saber qué hacer, sólo necesitaba saber qué pensaba Ian. Ella resultaba, ciertas veces, insegura y pedía opiniones exteriores en cada paso que daba. Sin embargo, al ir creciendo y entendiendo que eso no servía, logró tomar propias decisiones a su propio juicio. Ese momento no iba a ser la excepción, ¡y menos si eso se trataba de un momento de propuestas amorosas!

—Si te entrega razones para que te abras, sí, yo lo haría.

Luego del entrenamiento, la princesa Mia se dirigió a su habitación, cansada por tan agotador día. Pero algo le impidió entrar en ella: un sonido. Se dio la vuelta, observando el pasillo de habitaciones. Caminó por donde lo había hecho ese mismo día, unas horas atrás. Siguió caminando hasta notar el corredor con vista al jardín, pero el sonido seguía. Aumentó el ritmo de sus pasos y dobló hacia la izquierda, frenó al encontrarse con una puerta.

Su entrecejo se frunció al tocar la madera con sus dedos. Presionó hacia atrás, empujando para lograr avanzar. Esta cedió y lanzó un leve ruido, dejando la vista de la princesa nublada y confusa al notar que había cosas maravillosas allí guardadas. Dio un paso hacia delante y cerró la puerta, tomó una vela y fue prendiendo una por una. Al terminar, una sonrisa se dejó escapar de su rostro, acompañada por un suspiro de satisfacción.

¿Cómo no se dio cuenta antes? ¿Cómo no la recordaba? ¡Qué tonta!

Pasó sus dedos por el lomo de cada libro y cerró los ojos, respirando profundo mientras inhalaba el olor de esa habitación: páginas viejas, madera y polvo. Escogió un libro al azar y se dirigió a la mesa que había allí, relajándose mientras se sentaba y abría el libro. Cada página que tocaba le recordaba a su difunto abuelo.

Estaba en la biblioteca del castillo, la había encontrado. Tantos libros y lo suficientemente grandes como para que ella se sienta cómoda al observar tal belleza. ¡Qué dicha esa sorpresa! Mia se había olvidado completamente de la existencia de ese lugar, y había borrado los recuerdos que tenía allí, cuando era pequeña.

Los soldados fuera proclamaron la llegada de alguien al castillo. Todos los herederos bajaron para reunirse con sus padres y esperar al invitado que sería acogido. Ninguno sabía quién o quiénes eran, pero necesitaban recibir cualquier tipo de visita, algo que los sacara de lo normal. Los ojos de Edward Linden brillaron cuando Mia preguntó quién se acercaba a su hogar, pero él no respondió más que con una simple palabra:

—Sorpresa.

Pero el corazón de todos se aceleró cuando dos personas se acercaron al castillo. Los guardias gritaron:

—Les presento a Anelín Linden y Albert Relish.

Una mujer con el pelo corto y blanco y un hombre con ojos azules se acercaron con enormes sonrisas a las familias reales. Ambos, de gran edad, se separaron para abrazar al primero que se les acercara. Anelín, madre de Edward Linden, elevó su barbilla para llamar la atención de su nieta y que esta vaya hacia ella. Mia ni siquiera esperó algún tipo de permiso para acercarse a su única abuela, estrechándola entre sus brazos y sonriendo hasta que sus dientes lleguen a todos los reinos. Anelín, cerrando sus ojos y suspirando al sentir nuevamente a su querida nieta, le susurró:

—Te he extrañado mucho, Mia.

—Y yo a ti.

A metros de ellas, Ian se encontraba sonriéndole a su abuelo y abrazándolo por unos momentos. Se veían seguido, fortaleciendo el vínculo entre ambas generaciones. El príncipe notó el cabello blanco de Albert y su rostro cansado, sin embargo, evitó dejar de elevar las comisuras de sus labios.

La familia Linden se reunió, cuestionando con curiosidad a cada integrante luego de tanto tiempo separados. Todos se reunieron en la mesa para entablar conversaciones ridículas y maniáticas, serias y largas. Lo necesario para saber un poco más de cada uno, para mantenerse al día a pesar de los años.

Luego de unos minutos, los Ghol'R se unieron a la mesa, impresionados al hablar con la generación más antigua (y viva) de reyes. ¡Era un honor!

—Querida, ¿cómo has estado? —preguntó Anelín mientras se dirigía a Mia con discreción—. Sé que es una tonta pregunta, pero respóndeme con total sinceridad.

—En su mayoría, bien —sonrió la princesa—. Las vacaciones no le hacen mal a nadie, ¿verdad?

—No bromees con su ida, Mia, eso no fueron unas simples vacaciones de unos cuantos años. ¡Oh no, eso ha sido horroroso! No permitiré que mi familia se vaya otra vez, y menos por tanto tiempo.

—Lo sé, discúlpame.

—Tú no tienes que pedir disculpas, sino las ruedas en las que te han llevado.

El tema de conversación de la ida de la familia Linden siempre era una opción en las mesas reales, pero casi nunca bienvenido. Las muecas se hacían presentes y las miradas discretas entre rey y reina se intensificaban en cada indirecta. No era un habla bonita, en especial para los que estaban al tanto del tema central del porqué.

La conversación continuó hasta la llegada de Demian y Nicole, sorprendidos por la visita de Anelín y Albert. Se conocían, pues los entrenadores eran amigos del reino. Entablaron una corta conversación antes del entrenamiento de los herederos. Los abuelos se fueron a ubicarse en sus habitaciones mientras los demás se dirigían al jardín.

—¡Tomen todos una espada y diríjanse al centro! —gritó Demian.

Austin se acercó a Mia mientras este envainaba su espada con una sonrisa.

—Hey —la llamó y los ojos de la princesa se encontraron con los de su amigo—. Adivina con quién practicaremos hoy.

Ella dirigió su mirada hacia donde Austin apuntaba: los hermanos Ghol´R, preparados con una espada en sus en manos. Mia frunció el ceño levemente, en especial cuando su mirada se cruzó con la de Elían. Su cansancio a la hora de enfrentarse a ese muchacho se estaba haciendo suficiente.

—No hagas ningún comentario —él sonrió y se dirigió junta a Demian.

—No te prometo nada.

Todos, incluso los Ghol´R hicieron una ronda. Demian y Nicole miraron hacia arriba, tapándose el rostro con una mano, evitando que el sol cegara sus ojos. El día estaba caluroso, pero no lo suficiente para que los poderes de los herederos no estuvieran.

Los entrenadores comenzaron la charla de siempre, comentando lo que harían ese día y porqué los invitados del castillo estarían con ellos. Ese día entrarían en el bosque por equipos liberados por Elían y Rut.

—Elían, Claire y Mia serán el equipo azul —comenzó Nicole—. Y Rut, Austin e Ian, el blanco. Entrarán al bosque y, básicamente, estarán separados de su equipo, haciendo más probable que se encuentren con el grupo enemigo. Su objetivo es salir del bosque y correr nuevamente hacia aquí. Sin embargo, no podrán salir si se encuentran con un oponente: tendrán que colocarle esto —en sus manos sostuvo algunas cuerdas—. Si los tres integrantes del equipo llegan sin haber atado las manos de, aunque sea, un solo contrincante, no contará y ganará el otro equipo.

—Pueden utilizar las espadas y las otras armas que les daremos de repuesto, pero no pueden usar sus poderes ni hacerle algún daño severo. La idea no es matarse, sino ser rápidos y astutos. Ahora, a jugar —sonrió Demian.

Todos fueron llevados en seis carrozas diferentes hacia el bosque, con los ojos tapados. Cuando estas pararon, cada uno se bajó y esperó lo suficiente hasta no oír el sonido de las ruedas. Cuando el silencio se hizo presente, se sacaron los pañuelos que tapaban su visión y comenzaron a

desenvainar.

El primero en sacar el pañuelo fue Austin, notando que las ruedas de la carroza habían dejado las marcas del camino. Sonrió y sacó su espada de la vaina. Sin embargo, notó algo extraño: un papel había caído. Se agachó y lo tomó, abriéndolo y leyéndolo con curiosidad.

“No sigan el camino de las ruedas, los llevarían al castillo por el camino más difícil. Sigán su instinto que no podrán perderse. Demian Sthal.”

Austin gruñó, pero intento orientarse. Cerró los ojos y repasó todo lo que tenía a su alcance: el viento (casi siempre dirigido al reino de Agua o al de Fuego), las marcas de las ruedas, los minutos aproximados que había estado dentro de la carroza. El príncipe decidió seguir hacia al frente, recto, esperándose encontrar con el castillo.

Pero Austin no fue el único que había pensado de esa manera: todos decidieron hacer lo mismo, seguir recto.

Rut, por su parte, dejó la espada en su vaina y caminó con la soga en sus manos, esperando encontrar a alguien así se permitía correr hacia ese enorme castillo que tanto le había gustado desde el principio.

Recorrió el camino hasta escuchar un ruido a su derecha, se paró y desvainó su espada. Esperó que alguien aparezca, pero eso no pasó. Siguió caminando con sigilo hacia delante, pero alguien la empujó hacia el piso, llevando todo su cuerpo hacia delante. Un fuerte peso se introdujo en su espalda y gritó del dolor.

—¡Lo siento! —se disculpó Claire—. No es una buena forma de pasar tiempo juntas, pero seguro estás entrenada y tengo que tomar precauciones.

—¡Me atacaste por la espalda! —gruñó Rut.

—Digamos que te atacué con inteligencia —rió la princesa mientras trataba de tomar sus manos para atarla—. Hubieses hecho lo mismo, no gritarías mi nombre como una...

—¿Estúpida? —finalizó Rut.

—Claro.

—No lo soy.

Antes de atar el primer nudo, Rut se corrió hacia la izquierda con todas sus fuerzas. Claire cayó hacia el costado, dando su cabeza contra el piso. Rut se levantó y colocó la punta de la espada en el cuello de la princesa.

Ambas se miraron por un instante y Claire sonrió.

—Soy muy mala para esto —susurró.

—No tanto, ahora toma la cuerda y átate fuerte las manos.

La mirada de la rubia bajó hasta su vaina y miró su espada.

—Ni siquiera lo pienses.

La princesa rodó hacia un costado, esquivando el filo de la espada de Rut y levantándose a duras penas. Desenvainó y le apuntó a Rut. Ella rió, sonriendo por la forma en la que Claire sostenía su espada.

—Tengo entrenamiento y tu fuerte es la arquería, ¿quieres hacer esto?
—preguntó.

—No estaría en paz si no lo intentara.

Las espadas se chocaron en segundos, elevándose y apuntándose más de una vez. Entre golpe y golpe, Rut gira y tira el arma de Claire. Ella suspiró y le tendió sus manos, ya había una ganadora.

Elian canturreaba una canción, girando su espada en sus manos, despreocupado como ningún participante. Era el espadachín más joven y conocido, ¿cómo perdería con sus tantos años de entrenamiento? Comenzó a avanzar y dejó de hacer tanto ruido, quería divertirse y usar su espada. Avanzó con sigilo y trató de moverse hacia la derecha, esperando encontrarse con alguien.

Luego de unos minutos, oyó pasos. Se dirigió hacia los sonidos y esperó tras un árbol. Miró cuando la persona había avanzado: era Austin. Decidió acercarse por atrás y rodearlo, esperando alcanzarlo antes de que llegue al castillo.

El tiempo pasó y Austin seguía sin escuchar movimiento alguno. Sin embargo, algo lo detuvo.

—¡Hola! —saludó la voz eufórica de Elían. Ambos hicieron contacto visual—. Te rodee, lo siento si te asusté.

Austin sostuvo su espada con fuerza y, en la otra mano, la cuerda. Elían

notó cada uno de sus movimientos.

—No estoy aquí para entrenar, sino para ayudarlos —comentó y se acercó a el príncipe—. Debes tomar fuerte la espada, sí, pero nunca demasiado. Demuéstrale al otro que lo llevas bien, con despreocupación. Además, colócate bien y trata de no llevar nada en la otra mano, sino utilizarla. Si te paras así, perderás el equilibrio.

Austin observó como Elían se preparaba para atacar en tan sólo un segundo. Alzó ambas cejas hacia el muchacho, impresionado por su rapidez.

—Muy bien, no te distraigas —dijo Ghor´L, pero cuando Austin asintió, golpeó su espada y la dejó caer—. Dije que no te distraigas.

Austin asintió otra vez y se agachó para tomar su espada, esa vez, el príncipe dio el primer golpe. Luego de menos de un minuto, Austin fue desarmado.

Lo intentaron algunas veces más, logrando que el príncipe mejorara.

—Es tarde, tendríamos que ir —dijo Elían—. Déjame atarte así regresamos al castillo.

Austin frunció el ceño.

—¿Atarme? No he perdido —apuntó su espada hacia Elían y sonrió—. Si ganas esta, me atas.

Elían rió y tomó su espada. Un minuto más tarde, había vencido a Austin.

—No pierdas la esperanza.

Ambos rieron y caminaron hacia el castillo.

Mia seguía su camino sin ser detenida, esperando no serlo. Luego de un largo tiempo, vio el castillo a lo lejos. Elevó la comisura de sus labios y corrió para llegar lo más pronto posible.

Pero lo que la princesa no sabía es que Ian estaba esperando a alguien tras un árbol, tratando de hacer caer a alguien antes de regresar al castillo. El fuerte del príncipe era la espada, la esperanza se hacía

presente.

Cuando Mia se encontraba corriendo recto, Ian salió del árbol y caminó rápido hacia ella. Esperó el momento adecuado y elevó la velocidad de sus piernas, lanzándose arriba de ella en el momento más inesperado. La princesa había caído al suelo, chocando su cuerpo contra el de Ian. Alzó su vista y observó sus ojos azules. Frunció el ceño y dijo:

—¿Era necesario lanzarme?

—Era parte de la sorpresa —sonrió él—. Ahora dame tus manos.

Mia lo miró con seriedad por unos segundos: quería atarla. Pensó rápido y lo lanzó hacia un costado, lográndose levantar y tomar su espada. Ian se paró y tomó la suya.

—No caminé tanto para dejar que ganes —dijo ella.

—No esperé tanto para dejar que ganes —dijo él y elevó su espada hasta golpear la de Mia.

La princesa defendió el golpe y atacó, evitando distraerse en la primera pelea real de espadas que tenía. Ian sonreía al notar que estaba ganando, pero deseó alargar la pelea y no vencerla de un golpe.

—Sabes que he practicado —habló el príncipe.

—Deja de hablar.

Mia chocó con fuerza contra un árbol, impulsándose hacia él.

—Te he extrañado —comentó Ian mientras esperaba distraerla con palabrerías.

—Ya me lo has dicho.

—No quería que te fueras.

Mia dejó de sostener con tanta fuerza su espada, frunció el ceño cuando se defendió del último golpe. El príncipe acorraló a Mia contra el árbol, dejando centímetros entre ella y su espada. Ninguno dijo nada ante la sonrisa de Ian y la furia de la princesa.

—Eso es trampa.

—Eso es lo que no tienes que dejar que te distraiga, ahora dame tus

manos.

Mia no se movió.

—Si eso quieres... —Ian tomó sus manos dejó caer su espada, las ató y se dirigió a recoger lo que había lanzado.

Al darse vuelta, Mia se agachó a tomar su espada, metiéndola entre sus manos y haciendo fuerza contra la cuerda, tratando de cortarla. Al notar que esta no se rompía, se dio cuenta de que no estaban afiladas, ni siquiera un poco. Gruñó y dejó caer la espada.

—¿Vienes? —preguntó Ian al juntar ambas armas y caminar hacia el castillo.

Ella lo miró, esperando que haya alguna solución, pero no la hubo. Avanzó detrás de él a paso lento. Ambos siguieron callados por unos segundos, tratando de seguir hacia el castillo. Mia soltó un gemido.

—¿Estás bien? —cuestionó Ian y disminuyó el paso hasta caminar a su lado.

—Sí.

—Lo siento —la princesa no respondió—ya sabes, por lanzarte.

—No es nada.

—¿Me disculpas? —sonrió él. Mia lo miró de reojo, lanzando una pequeña carcajeada—. ¿Qué he dicho?

—Cosas sin sentido —respondió la princesa—. Si yo te hubiese tirado ni siquiera me percataría de haberme disculpado. Fue una pelea justa.

Ian sólo sonrió y ambos llegaron hacia el castillo, encontrándose con los ganadores: el equipo blanco. Luego del entrenamiento, todos se dirigieron a asearse y dirigirse a diferentes tareas.

El agua de la bañera mojó el cuerpo de Mia, logrando que ella cierre los ojos con calma, hundiéndose cada vez más. Al acabar su baño, tomó su bata y se dirigió al balcón, respirando el aire proveniente del bosque. Necesitaba permanecer relajada, recuperarse y lograr aceptar que,

después de todo, la solución podría existir.

Permaneció unos minutos allí, con sus manos abrazándose a sí misma. Sin embargo, algo llamó su atención. A lo lejos, cerca de la fuente, se encontraba Ian y Rut, hablando con la simpatía más fresca. Mia entrecerró los ojos, tratando de notar algo, pero sólo vio sus miradas y sonrisas. Entró a la habitación nuevamente, deshaciéndose de la bata y vistiéndose. Se colocó un vestido blanco y se ató el cabello, dando vueltas por su habitación.

Pensó y pensó, dándose cuenta de que no había nada que pensar. ¿Por qué ella no podía ser como Ian? ¿Por qué ella no podía decir que sí, sin importar lo que deseaba la gente? ¿Por qué no aceptó a Elian en su momento? ¿Por qué el dramatismo y las complicaciones eran parte de sí misma?

Abrió la puerta de su habitación y se dirigió hacia la biblioteca, nadie estaría allí y podría estar tranquila fuera de su habitación. Caminó hacia ella, observando nada más que el suelo del castillo. Abrió la puerta y se detuvo, suspirando porque, de todas las personas que podrían estar allí, él era el más sorprendente.

—Lo siento, pensaba que no había nadie —dijo Mia, cerrando la puerta.

—¡Alteza! —Elian se paró de su silla y dejó el libro a un lado—. No es necesario que se vaya, puedo dirigirme a mi habitación y...

—Oh, no, claro que no... —Mia se silenció un segundo—Elian. Perdón por interrumpirte.

Mia dio media vuelta y avanzó un paso, dándole la espalda al muchacho.

—Princesa —ella se detuvo—. Puede quedarse, no es necesario que me vaya, por supuesto, si usted así lo desea.

Mia giró la cabeza y lo vio de reojo: —Creo que he sido muy clara, Elian.

—Lo sé, alteza, no estoy sugiriendo nada —musitó tan calmo y seguro que, a su vez, logró que la princesa haga contacto visual con sus ojos—. Siento si me he comportado mal frente a usted, pero entendí que está decidida en su posición.

Ambos callaron, ella se adentró unos pasos en la biblioteca, manteniendo su mirada junto a la del muchacho. Sus labios se abrieron y, con una sonrisa a punto de salir de su rostro, dijo:

—Prosiga.

—No le pido algo más y, siendo un poco más grosero, no le pido una cita. Sólo... le propongo una conversación más en su vida.

La princesa aceptó con diversión, esperó que eso no haya sido una vil mentira y que su objetivo no haya sido el mismo. Ambos recorrieron la gran biblioteca, entablando agradables conversaciones que ninguno pensó vivir junto al otro. Sin embargo, Mia pensaba en lo extraño que sería que él hubiese intentado ser su pareja, mientras Elian sólo pensaba lo maravilloso que sería eso.